

§ 8

A. Hugo hace notar que el *calendario céltico* presenta una singularidad, que se ha vuelto á encontrar entre los pueblos de la América septentrional, y es la de que los Galos contaban por noches y no por días, y arreglaban el tiempo por el curso de la luna y no por el del sol, (1) citando á *Charubriand*, dice que los *salvages* dividían el año en *doce lunas*, division que impresiona á todos los hombres, por que desapareciendo y reapareciendo la luna *doce veces*, corta visiblemente el año en *doce partes*, en tanto que el año solar, verdadero año, no es indicado por variaciones en el disco solar. (2)

El año galo se componía de meses lunares, y comenzaba en el primer cuarto de la luna: su siglo era de treinta años, entre los cuales se contaban *once* de trece meses, esta adición de un mes á once años era necesaria para concordar el año civil con la revolución solar, con solo la diferencia de 34 horas, que era fácil hacer desaparecer. El sexto día de la luna en que empezaba el mes, el año, y el siglo

(1) A. Hugo. Hist. gen. de France depuis les temps plus reculés etc tom. 1, liv, 1, chap. 8, pag. 51.

(2) Idem, idem, idem.

era considerado como un día Santo, y consagrado á solemnidades religiosas. (3)

§ 9

Todas estas noticias sobre cronología pueden servir de punto de comparacion, para investigar á cual de las prácticas y usos de las naciones antiguas se asemejan más los conocimientos que en este ramo tenían los mexicanos y chiapanecos, para deducir de cual de ellas pueden haberlas tomado, y lo que deban á sus propios esfuerzos. De esta comparacion resultan muchos rasgos de semejanza con la de los egipcios, de la cual tomaron las demás naciones lo que con diversas modificaciones pusieron en práctica, y que mientras más se alejan del sistema egipcio, ménos se parecen entre sí.

Verdad es que la division del año era entre los egipcios de doce meses de treinta días cada uno, mientras que entre los mexicanos era de diez y ocho meses de veinte días; pero ambos coinciden en que el año resulta compuesto de trescientos sesenta días, á diferencia de los babilonios y otras naciones, que lo tenían de trescientos cincuenta y cuatro.

(3) Idem, idem, idem.

Para que el año no fuese menor que el período en que el sol completa su revolución, inventaron los egipcios añadir al último mes cinco días complementarios, que llamaron como se ha dicho, *epagómenos* ó celestes. De igual arbitrio se valieron los mexicanos, llamando á estos cinco días *nemon-temi* ó valdios, de los cuales los chiapanecos formaban otro mes.

Grande era la importancia que entre los egipcios tenía el período *sothiaco*, que resultaba de añadir un día á cada cuatro años, ó lo que es lo mismo un año á cada período de trescientos sesenta y cinco años. Entre los mexicanos eran notables, como se ha visto, los números 4 y 13, y jugando en varias combinaciones, resultaba de la multiplicación del uno por el otro el siglo de cincuenta y dos años. Multiplicando el período religioso de trece meses por veinte días, resultaban 260, que multiplicados por 4 daban un número igual á 1040, y por último, de la multiplicación de 265 días por 4 que formaba un período entre los mexicanos resultaba también el número 1060.

Es digna de mencionarse en este lugar una de las observaciones que hace Prescott sobre esta materia. «Es un hecho curioso, dice, que el número de meses lunares de á trece días, comprendidos en cada ciclo de sesenta y dos años, corresponda exactamente al número de años del gran período *sothiaco* de los egipcios, á saber 1,491, período después del cual las estaciones y fiestas volvían á comen-

zar en el mismo orden. Tal vez será accidental la coincidencia, pero un pueblo que emplea *séries periódicas* y *cálculos astronómicos*, se funda siempre en alguna razón para adoptar ciertos números y combinaciones.» (1)

Acaba, además, de verse que los meses de los egipcios, lo mismo que cada uno de los días del año, estaban consagrados á alguno de sus dioses, bajo cuya protección suponían á los que nacían en ellos. Otro tanto sucedía exactamente con los mexicanos, y al efecto tenían distribuidas y arregladas las fiestas de sus dioses principales, dedicando el segundo día del primer mes á *Tlaloc*, diosa del agua, el primero del segundo mes á *Gipe*, el cuarto mes á la diosa *Centeotl* etc. Entre los egipcios eran doce los meses, porque doce eran sus dioses principales; así como trece componían los meses religiosos entre los mexicanos, porque trece eran entre ellos los dioses mayores. Igual aplicación puede hacerse respecto de los chiapanecos con solo la variación de números, poniendo al frente de cada mes uno de sus principales caudillos, como los egipcios una de sus divinidades principales.

Se sabe que los egipcios tenían consagrados á sus divinidades muchos animales que se llamaban sagrados, y varias plantas y otras producciones de esta naturaleza. De aquí proviene que se en-

(1) Prescott. Historia de la conquista de México. tom. 1, cap. 4, pág. 83, nota.

cuentren simbolizadas en ellas; pues unas veces eran representados ó con forma humana y sus atributos, ó solo el cuerpo humano con cabeza, ó el animal que especialmente les estaba consagrado con los atributos divinos. (1) Así vemos á unos con cabeza de gabilan, carnero, chacal, cocodrilo, hipopólamo etc., y á otros simbolizados como á *Horus* en un gabilan, á *Apis* en un toro con un disco sobre la cabeza, á *Ammon-Rá* en un carnero con un arnés, un disco en la cabeza y dos plumas, á *Neith* en un buitre con la mitra del *pschent* adornada, y una pluma en cada garra, á *Anubis* en un chacal etc. De este mismo principio puede provenir, que los nombres, con que los mexicanos y chapanecos designasen los días en sus calendarios, signifiquen objetos en que se hallan simbolizados algunos de sus dioses ó atributos, ó bien como quiere Hervás, que con los nombres de los meses y años se marcasse entre unos y otros lo que sucedía en cada estación.

No es ménos notable la aplicacion que de la distribucion del tiempo hacian los mexicanos con respectencia al órden civil, á las fiestas religiosas, y á las labores del campo, de que resultaba su calendario civil, y otro agrícola. Tal distincion era tambien muy marcada entre los egipcios, tan dedicados á la agricultura, y por otra parte tan adelantados en el régimen social, que fué por mucho

(1) Champ. hist. descript. y pint. tom. 2, pág. 395.

tiempo el modelo que los pueblos se propusieron, y cuyas instituciones eran estudiadas con ahinco por los sabios, admirando su concierto, su bondad, su perfeccion, y el fondo de sabiduría que encerraban.

Los *Mexicanos*, como se ha visto, añadian á su año *cinco días*, que llamaban «*Nemontemi*» ó inútiles; los *Egipcios* hacian lo mismo, denominándolos *Epagómenos*, y en ellos, segun *Plutarco*, celebraban el nacimiento de sus dioses.

El día lo dividian en 24 horas, y los egipcios en 16, bajo la influencia de los planetas (1): unos y otros dividian el día natural en dos partes, las cuales no eran iguales en todas las estaciones del año. (2)

No son por cierto nuevos estos conceptos. Varios escritores hubieron de notar algunas de estas analogías entre el calendario egipcio y el mexicano. El Dr. *Sigüenza* se ocupó en puntualizarlas en su *ciclografía mexicana*. Fijó en ellas *Hervás* su atención, y las dio á conocer en su carta escrita á *Clavijero*; (3) y otros varios han sacado de aquí conjeturas más ó ménos fundadas sobre los primitivos pobladores de América. Ello es cierto, que juntas

(1) Leon y Gama. *Descrip. hist. y cron. de las dos piedras* etc. Apend. 1, núm. 174, pág. 153.

(2) Idem, idem, págs. 114 y 115.

(3) Inserta al fin del tomo 1º de la *historia antigua de México*.—pág. 427.

estas observaciones, con las que producen los demás monumentos que nos han quedado, nos aproximan mucho á la solución del gran problema de la primitiva población de este continente, en el cual hace más de tres siglos se ocupan los sabios de todo el mundo, sin que hasta ahora haya podido fijarse como una verdad reconocida, fuera de toda duda y contradicción.

Es de admirarse, deteniéndose en todo esto la consideración, que entre los indios hubiese llegado la cronología á tener ese arreglo y exactitud, que se ha indicado, cuando entre las naciones antiguas se notan tanta variedad, tantos conceptos diferentes, eras y métodos diversos que producían mucha confusión, y en que ha sido necesario el esfuerzo reunido de muchos sabios, para despejar ese caos, é ir esparciendo alguna luz, que sirviera de guía en los tiempos modernos, en los cuales ha tenido que trabajarse considerablemente. Scaligero en su obra «*La corrección de los tiempos*» (1) hubo de recorrer toda la antigüedad, creando por decirlo así la ciencia de los tiempos, y analizando con claridad y crítica severa cuanto sobre esto se había practicado entre los egipcios, hebreos, persas, griegos, romanos y otras naciones. Inventó un período que se llamó *juliano* de 7980 años, compuesto de veinte y ocho años solares, diez y

(1) De emendatione temporum. Gen. 1609, in fol.

nueve lunares, y quince de las indicciones romanas, multiplicándose el período solar por el lunar, y el producto por el de las indicciones romanas. Reservado estaba, sin embargo, á Petavio llevar esta materia al último grado de perfección, mostrando grande erudición y solidez en el modo de tratar las cuestiones, que deja quieto y satisfecho el ánimo, y fijada la verdad. Atacó á Scaligero con fuerza, pero aun en esto mismo se advierte lo mucho que le debe la ciencia. Su obra «*De Doctrina temporum*» (1) y su *Uranologio* lo han inmortalizado. Después de estos escribieron otros muchos con gran provecho, especialmente Freret que combatió á Newton, é hizo conocer, por su vasto saber, que era digno de entrar en lucha con un adversario tan ilustre. (2) Hoy la ciencia parece haber adquirido con sus adelantos progresivos casi los últimos grados de su perfeccionamiento.

(1) 2, vol. in fol.

(2) Freret ha sido tan notable para la cronología como Newton para las matemáticas.